

X Congreso Argentino de Antropología Social

Buenos Aires, 29 de Noviembre al 02 de Diciembre del 2011

Grupo de Trabajo:

Metodologías de investigación antropológica para el Siglo XXI en Latinoamérica

Título del Trabajo:

Formas de control cruzado de datos en la investigación: algunos avances sistematizadores

Jorge Eduardo Miceli. Universidad de Buenos Aires

Introducción

Con buenos o malos pronósticos, la confiabilidad de la información colectada afecta gran parte de la credibilidad general del trabajo investigativo que llevamos adelante como antropólogos. Sin embargo, creo que escasamente se pone sobre el tapete el problema que implica tener en cuenta estas cuestiones de una manera conciente y sistemática. Mi impresión es que muchas veces, en las presentaciones de tesis y trabajos de rigor, los investigadores solo hacen las acotaciones indispensables para no caer en la acusación de subjetividad o parcialidad en la interpretación de la información colectada, pero sin la voluntad de quedar demasiado en la mira por estas temáticas.

Una cosa que en particular siempre me ha inquietado, en los trabajos etnográficos, es la posibilidad de obtener resultados no solo divergentes sino casi opuestos pero sustentados en definiciones de objetos de estudio y ámbitos empíricos casi idénticos. Quizás una de las más célebres controversias centradas en la idea de “revisita” antropológica es la de Robert Redfield y Oscar Lewis en Tepoztlán, un suburbio de la ciudad de México que dio origen a dictámenes casi opuestos de parte de ambos investigadores. Donde Redfield vio integración y armonía, Lewis colectó elementos de juicio que mostraban una sociedad modernizada, en constante cambio y en el centro de una serie de conflictos alejados de la imagen folk que el primer investigador mostraba (Gorelik 2008: 75). ¿Cómo es posible estudiar la misma aldea, la misma gente, y llegar a conclusiones tan distintas?. Considero que este caso ya produjo ríos de tinta y no es mi propósito engrosar la fila de quienes lo estudian intentando obtener nuevas conclusiones. Me interesa, sin embargo, analizar un conjunto de controversias análogas con menor impacto académico pero más abordables, a mi modo de ver, a partir de cuestiones ligadas a la importancia clave del dato empírico y sus interpretaciones primarias.

La fiabilidad

Al repasar el quehacer de la antropología y la forma en que se generan e interpretan los datos primarios, entiendo que un primer problema que enfrentamos es que no diferenciamos adecuadamente entre fiabilidad y validez, y eso ya empieza tornar inespecíficas nuestras defensas de método. Por ahora encarguémonos de la primera.

Según Anastasi (1987)

“la fiabilidad de un test indica hasta qué punto pueden atribuirse a errores de medida las diferencias individuales en las puntuaciones de un test y hasta que punto cabe atribuirlos a diferencias verdaderas de la característica que estamos sometiendo a consideración. Para expresarlo en términos más técnicos, toda medida de la fiabilidad de un test denota que proporción de la varianza total de las puntuaciones es varianza de error.” (Serrano 2003: 274).

La fiabilidad concierne, de modo central, en la estimación de hasta qué punto puedo confiar en las distinciones que estoy haciendo en la realidad que intento estudiar. Si las distinciones están mal mensuradas, puedo ver diferencias donde no las hay, o ver homogeneidades en donde existen notables diferencias. Si pensamos en la medición en ingeniería o en el ámbito específico de la construcción de edificios, por ejemplo, el carácter problemático del instrumento que usamos para medir es casi ejemplar y no deja muchas dudas. Si utilizo un metro o cualquier unidad de medida con especificaciones distintas, el resultado obtenido también lo será aunque estemos midiendo las mismas realidades en dos momentos distintos. Aunque parezca trivial, esta cuestión no lo es mínimamente, y entraña problemas del mismo tipo para la estimación de la fiabilidad en antropología y en resto de las ciencias sociales.

Distintas soluciones se proponen para chequear la aplicación de instrumentos de medición, pero todos ellos apelan a obtener resultados convergentes de más de una forma.

La dinámica del test y re-test

En las ciencias sociales, el concepto de fiabilidad, que recién comentamos, está fuertemente vinculado a la posibilidad de *repetición de la prueba o re-test*, y apela a la exigencia de dejar pasar un tiempo y repetir las mismas consultas y procedimientos de recolección desarrollados anteriormente para ver si los resultados obtenidos son los mismos. El inconveniente más serio que afecta a esta alternativa es que el mismo lapso transcurrido entre ambas mediciones puede ser el factor que justifique la diferencia de resultados entre ambos momentos pero, en general, se apela a que ese factor no desempeñe un papel preponderante.

Por supuesto que no estamos ante un problema estrictamente etnográfico. El problema del re-test afecta a la credibilidad de encuestas de voto por ejemplo, y lo enfrentan frecuentemente las consultoras dedicadas a este tipo de investigaciones. Cuando los números del comportamiento electoral efectivo desmienten lo predicho, una pregunta usual es si se midió mal o si las tendencias de la población variaron dramáticamente entre el momento de la encuesta y el de la elección. En términos conceptuales, la relación de homología que esperamos entre el comportamiento predicho y el efectivo está asentada en una regla implícita de preservación de las tendencias dentro de cierto horizonte temporal.

¿Cómo se diferencia la antropología, en los conocimientos que investigamos, respecto de aquellos que puede relevar una encuesta por ejemplo? La diferencia fundamental es que no investigamos las percepciones transitorias de una población, sino sus disposiciones permanentes o aquello que forma el núcleo más “estable” de las opiniones de una sociedad. Si el lapso transcurrido entre una medición y otra es escaso, una variación muy importante en los resultados es difícilmente explicable en función de una modificación acelerada de este núcleo que presumimos menos variable, y podemos sospechar que no se ha aplicado el mismo instrumento en ambos casos. Si el lapso es prolongado, y los valores de indicadores varían sustancialmente, la carga de la prueba no jugará a favor de sospechar del test sino

a favor de la creencia en el cambio sustancial de ese núcleo de opiniones que estudiamos.

En las ciencias sociales, los instrumentos de medición se personalizan en una medida altísima, a diferencia de lo que sucede en las ciencias duras y no abstractas como la física, o en las ciencias aplicadas como la ingeniería o astronomía¹. ¿Qué conlleva esta fuerte personalización? Antes que nada, que el tipo de objetivos que perseguimos hace que variemos, en una medida importante, el repertorio de herramientas que utilizamos en distintas situaciones investigativas.

En el trabajo etnográfico, hay varios casos históricos dramáticos que muestran que lo que los metodólogos denominan **test** y el **re-test** contaron con diferentes condiciones de ejecución y premisas de partida, y creo que son buenos ejemplos para reflexionar sobre la fiabilidad de la colecta de datos y los inconvenientes que encontramos en la mayoría de nuestras investigaciones

Muchas veces, las conclusiones científicas se apoyan en concepciones en las que se recupera la misma carga empírica –la casuística- pero bajo diferentes aparatos de razonamiento. En otros casos, además de recurrir a perspectivas metodológicas diferenciadas, la base empírica a la que se recurre para corroborar las mismas hipótesis también varía sustancialmente.

El primer caso testigo que consideraré es el de Margaret Mead y sus investigaciones en Samoa. Mead escribió un libro acerca de la vida sexual de los samoanos, trabajando en la isla samoana de Tau y entrevistando, durante 9 meses, cerca de 68 mujeres jóvenes de entre 9 y 20 años. Su obra basada en esta experiencia se llama “*Adolescencia, Sexo y Cultura en Samoa*”, para llevarla a cabo fue asistida por una intérprete y propuso conclusiones que cuestionaban la universalidad de las sensaciones de angustia vividas por los adolescentes occidentales en su pasaje desde la pubertad a la iniciación sexual (Mead 1990). Para Mead, las adolescentes samoanas disfrutaban el sexo casual en la vida premarital, pero luego, al casarse, “sentaban cabeza”, y criaban sus hijos con un importante nivel de éxito.

¹ http://es.wikipedia.org/wiki/Margaret_Mead

Ella fallece en 1978, pero cinco años después de su muerte, en 1983, el antropólogo Derek Freeman publica un libro muy polémico en el que cuestiona, desde sus cimientos, la metodología y las conclusiones obtenidas por esta antropóloga. El libro de Freeman se llama “Margaret Mead y Samoa: la construcción y destrucción de un mito antropológico”. Una de las piedras angulares del cuestionamiento de Freeman es la falta de dominio del samoano de Mead, que contrapone a su propia sapiencia en el tema, y a su propia estadía de cuatro años en el lugar. Sin embargo, la gravedad de su acusación radica en un aspecto muy puntual del trabajo de esta antropóloga, y es que, según la constatación del propio Freeman, los informantes en los cuales ella basó en su trabajo de campo le mintieron al hablarle de su agitada vida sexual premarital. La polémica sobre estos puntos es extensa, porque la propia crítica de Freeman ha recibido también fuertes contestaciones. Se le ha criticado la falta de valentía consistente de publicar esos datos post-mortem, sin darle chances de defensa a Mead, y, sobre todo, se ha cuestionado la propia desmentida de los entrevistados, ya que, según dicen los detractores de Freeman, es poco creíble que las mujeres consultadas por Mead hayan estado dispuestas a reconocer, ante un hombre mayor y tiempo después, las situaciones de sexo premarital relatadas con tanto detalle en el pasado. En definitiva, el punto clave aquí es si las entrevistadas habían dicho la verdad acerca de su propio comportamiento, porque de ahí se derivaban conclusiones sobre las actitudes sexuales promedio de muy diferente tipo. Mead había cumplido con un retest elemental, que era chequear, sobre el mismo tópico, los detalles de los relatos en más de un miembro de la comunidad samoana, pero la desmentida de Freeman operó sobre la fiabilidad básica de los datos reportados de esa manera. Más allá de nuestra toma de posición respecto de la credibilidad de estas conclusiones, al menos sabemos que tenemos un problema importante con el que tratar, y es que en diferentes casos las personas dicen diferentes cosas sobre sí mismas y sobre lo que hicieron. De esta manera, el contexto de obtención de la información se agrega, como un calificador negativo o positivo, a la naturaleza del dato obtenido, y opera a favor o en contra de su fiabilidad.

Sin embargo, el problema no termina en ese punto, sino que comienza. Para los partidarios de Mead, el dato que ella obtuvo resulta más confiable porque se gestó, puede decirse, en una situación de “complicidad por similitud”. Esta complicidad haría que uno fuese más “sincero” con quienes menos se diferencian de uno en una serie de rasgos críticos, y en este caso el género y la edad serían determinantes. Para los partidarios de Freeman ese factor queda minimizado frente al hecho de que Mead no dominaba el samoano. El debate en este caso no se despliega sobre evidencias fácticas sino sobre la fiabilidad asignada a la recolección de los datos que cada uno hizo.

No estoy diciendo nada nuevo, pero tengo la impresión de que no tenemos en cuenta lo suficiente las condiciones de obtención del dato cuando discutimos teorías y su credibilidad relativa, porque cabe la posibilidad, inquietante, de que ni Freeman ni Mead hayan sido inconsistentes en sus conclusiones. Dada la información que tenían, quizás dedujeron lo que debían, pero estos datos fueron obtenidos por diferentes procedimientos, y es allí en donde debemos poner la lupa para establecer la fiabilidad de la información recibida. Hay un problema con la intrusividad del investigador que no puede ser reducido, entonces, a una dimensión simple. Esa intrusividad no es “administrable” como quisiéramos, o al menos no en la medida en que pensamos que debe serlo para que nuestro relevamiento sea confiable. Si soy mujer y no hablo samoano, las mujeres me dicen una cosa, pero si soy hombre y hablo samoano me dicen otra. Lo inquietante es que esto puede suceder por más hábil y metodológicamente cuidadoso que yo sea.

Todo esto nos lleva a reflexionar más profundamente sobre el concepto de fiabilidad o credibilidad. En términos tradicionales, la fiabilidad está vinculada a la independencia de las respuestas de circunstancias accidentales de la investigación. Se supone que si los datos obtenidos dependen mucho de circunstancias infrecuentes, ellos no ofrecerán buenas pistas sobre el comportamiento o la cosmovisión de las personas. Ahora bien ¿cómo estimar, externamente, si esto se ha cumplido? No tenemos forma de saber, a priori, cuan frecuentes o representativas de la situación normal de un grupo social son las circunstancias en las cuales desenvolvemos nuestras observaciones. Si son excepcionales las

circunstancias de nuestro trabajo, las respuestas pueden serlo también, y conducirnos por un camino equivocado al momento de elaborar conclusiones. La definición de la accidentalidad o excepcionalidad de una situación también es relativa al contexto de investigación ¿Cuán “accidental” es una guerra, por ejemplo, si un pueblo vive guerreando? Entre los Tsembaga-Maring de Nueva Guinea estudiados por Roy Rappaport, y entre tantos grupos de cazadores-recolectores estudiados contemporáneamente, la situación de guerra forma parte de un contexto normativo que la sustrae de la excepcionalidad (Rappaport 1987). El caso es que no *podemos determinar, sino conocer un grupo social, cual es el grado de tipicidad ni de la persona entrevistada ni de la situación de entrevista.*

Según las investigadoras en etnografía educativa Le Compte y Goetz existen, además, dos tipos de fiabilidad. La fiabilidad interna refiere al grado en que un segundo investigador u otros observadores muestren congruencia suficiente en la observación de un hecho, de modo que puedan considerarse equivalentes sus interferencias relativas a un mismo fenómeno. La fiabilidad externa, en cambio, tiene que ver con la cuestión de lograr estimar la posibilidad de que un investigador independiente descubra los mismos fenómenos o plantee contrastes idénticos en un mismo escenario o en otro similar; no depende de la replicabilidad del proceso de obtención de los datos, sino de la ligazón entre ellos y las conclusiones obtenidas (Le Compte y Goetz 1982: 32, Le Compte y Goetz 1988).

Bien ¿y la validez?

A propósito de la distinción que trazamos al principio, nos ha quedado la validez afuera; ahora hablaremos de ella, ya que refiere, en cambio, no a la replicabilidad de la información obtenida, a la posibilidad de volver a obtenerla si se repiten las condiciones de obtención, sino a su exactitud específica. Hay una asimetría en la relación entre ambos atributos, ya que un diseño de investigación puede ser fiable pero no válido, pero esto no es cierto a la inversa.

La validez exige, según Hansen (1979), la estimación de la medida en que las conclusiones son representativas de la realidad empírica. Al igual que la fiabilidad, podemos pensar en una validez interna, que responde a la pregunta de si los observadores científicos observan y miden lo que realmente quieren medir, y de una validez externa, centrada en la posibilidad de aplicar los postulados abstractos diseñados para una investigación a más de un grupo social.

Cuadro 1: Fiabilidad y Validez según LeCompte y Goetz

Rasgo	Fiabilidad interna	Fiabilidad externa	Validez interna	Validez externa
Pregunta asociada	¿Se puede replicar la obtención del dato?	¿Tiene relación directa el dato con las conclusiones obtenidas?	¿Se mide lo que realmente se quiere medir?	¿Se puede aplicar este diseño a otro grupo social?

La reactividad y la validez

A pesar de nuestras precauciones metodológicas, hay otro problema intrínsecamente ligado al de la fiabilidad y la validez según estas acepciones que venimos desarrollando, y es el de la **reactividad** de las personas entrevistadas a nuestra propia participación. Esta cuestión plantea un problema real porque genera nuevos condicionamientos para el contexto de investigación. Aquí hay, creo, un obstáculo de tipo ontológico. Tendemos a pensar que la gente es solo de una manera y piensa de una forma específica, y suponemos la estabilidad de esa condición a lo largo del tiempo y en diferentes circunstancias. Mucha reflexión hay sobre el tópico, pero no nos conformamos con aceptar que no solo las personas

varían entre sí por su pertenencia étnica, de edad o de género, sino de cara a diferentes situaciones de interacción.

Sabemos con bastante claridad que si somos hombre o mujer, nativo o extranjero, moreno o rubio, las posibilidades de acceder, por ejemplo, al universo íntimo de alguien varían sustancialmente. Nos cuesta asumir, en cambio, el fenómeno de la reactividad cuando no detectamos la correlación entre la presencia y la intensidad de un rasgo y la presencia e intensidad de una respuesta. En síntesis, para poder actuar sobre la reactividad, en cualquier sentido pensable, es necesario plantear algún esquema causal que permita describir una escala reactiva sobre la cual podamos incidir concientemente.

Russell Bernard plantea esta necesidad en términos bastante directos, y establece una noción de validez inversamente proporcional a la reactividad producida en el curso de un lapso de tiempo en el cual hacemos observación participante:

“participant observation reduces the problem of reactivity – i.e people changing their behavior when they know that there are being studied. As you become less and less of a curiosity, people take less and less interest in you comings and goings. They go about their business and let you do such bizarre things as conduct interviews, administer questionnaires, and even walk around with a stopwatch, clipboard, and camera. Lower reactivity means higher validity of data.” (Bernard 1995: 141)

Lograr este objetivo tan sencillo; si no actuamos de manera sensible al contexto, la reactividad no solo puede disminuir, sino aumentar ante nuestra presencia. Al no conocer pautas de conducta ajenas, podemos irritar a nuestros entrevistados hasta tornar la interacción más difícil y menos natural que en el punto de inicio de nuestro trabajo. Hay distintas características de nuestra investigación que pueden predisponer a respuestas negativas, como el acceso a la vida íntima, a experiencias tristes o traumáticas, a temas ligados la seguridad personal (corrupción, delitos), y hasta las habilidades sociales que ponemos en juego (incapacidad para prestar atención, descortesía, falta de humildad, desinterés por la persona que entrevistamos).

En su afán de mostrar los beneficios de la observación participante en etnografía, el mismo Bernard acerca un ejemplo bastante claro acerca del modo en que el trabajo

de campo puede incidir en la colecta general de información, actuando de mecanismo de control de la fiabilidad de los datos obtenidos.

Dice Bernard que en 1957, N. K. Sarkar y S. J. Tambiah publicaron un estudio, basado en un cuestionario, acerca de la economía y la desintegración social en un pueblo de Sri Lanka. Ellos concluyeron que cerca de las dos terceras partes de los pobladores no tenían tierra. El antropólogo británico Edmund Leach no aceptó esos hallazgos, porque él ya había hecho observación participante y sabía que los pobladores practicaban la patrilocalidad después del matrimonio. Por una costumbre local, un hombre joven podía tener el usufructo de algunas de las tierras de su padre aún si la posesión legal no fuese suya hasta la muerte de este último. Para investigar la propiedad, Sarkar y Tambiah preguntaron si cada unidad doméstica (“household”) contaba con alguna tierra, y si era el caso, cuantas eran las extensiones que le pertenecían. Ellos definieron una unidad doméstica independiente como aquella que cocinaba arroz en su propia marmita. De esa forma, ambos investigadores estimaron la cantidad de unidades domésticas como extremadamente elevada, y la cantidad de hogares que poseía tierras como extremadamente baja. Basados en esta idea, concluyeron que había una gran desigualdad en la propiedad de las tierras y por ese motivo la caracterizaron como una aldea en desintegración.

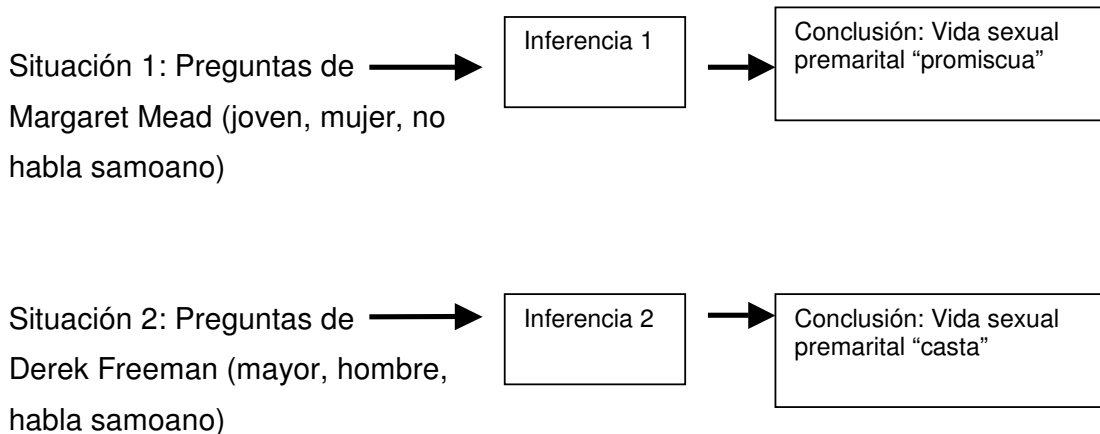
El problema aquí fue considerar la posesión legal como indicador preferencial de propiedad, sin considerar su usufructo transitorio y posesión a la muerte como equivalente.

¿Cuál es la diferencia entre la controversia Mead-Freeman y la objeción que Leach le plantea a Sarkar y Tambiah? Podemos decir, en términos de LeCompte y Goetz, que la primera situación concierne a la fiabilidad interna de los datos, y la segunda a su validez interna.

En el primer caso, no está garantizado que dos antropólogos obtengan los mismos datos a partir de una idéntica sucesión de preguntas. En la replicación de procedimientos hay al menos un par de aspectos que se han pasado por alto, como el dominio del idioma y el sexo del entrevistador. De todos modos, los vínculos correlativos entre las respuestas diferenciales y las condiciones en que se pregunta

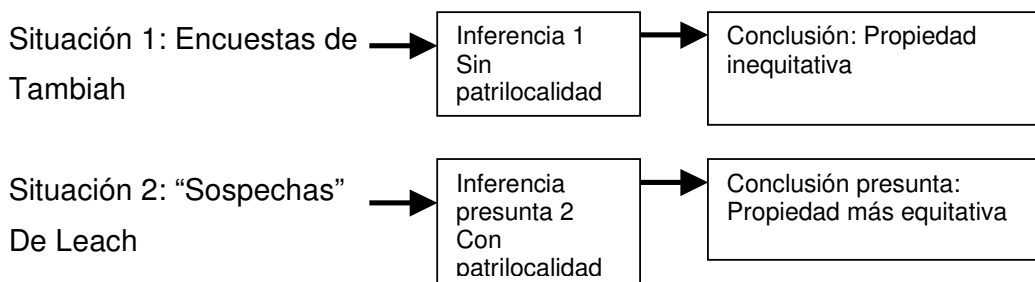
son nada más que conjeturales. Solo estamos comprobando la correlación entre ambos componentes, pero no la causalidad.

Cuadro 2 – RECOLECCION PRIMARIA E INTERPRETACION DEL DATO: SEXO EN MUJERES JOVENES SAMOANAS



En la segunda situación, el hiato es de otra índole, ya que parece ser que Leach sabía algo que Tambiah desconocía respecto de la relación que existía entre la propiedad legal y el usufructo de las tierras. Al haber patrilocalidad, las unidades domésticas explotaban, durante el lapso anterior a la muerte del padre y poseedor legal, tierras que no eran de su posesión jurídica, y esto modificaba sustancialmente la estimación de la relación entre quienes efectivamente tenían posibilidad de uso y quienes no.

Cuadro 3 – RECOLECCION PRIMARIA E INTERPRETACION DEL DATO: USUFRUCTO DE TIERRAS EN SRI LANKA



En el primer caso el punto débil es la recolección primaria de datos visto desde el punto de vista de la intrusividad del investigador. Evidentemente, las características de quienes colectan el dato condicionan la respuesta generada, implicando la insinceridad parcial o absoluta, en alguno de los casos, de quienes contestan².

Reactividad conductual y cognitiva: estableciendo distinciones

Creo que la intrusividad que comentamos puede que ser vista desde dos ángulos distintos. Una cosa es reducir el nivel de interferencia del antropólogo en la producción de conductas más o menos estandarizadas a situaciones típicas, pero otra bastante distinta es lograr que la gente responda a preguntas de su vida cotidiana de una manera no reactiva. Podemos designar a la primera situación como de reducción de la *reactividad conductual*, y a la segunda como de reducción de la *reactividad cognitiva*. Pensamos a ambas situaciones dentro de una problemática común, pero me parecen de una naturaleza distinta; la reducción de la reactividad conductual opera sobre la distancia entre el comportamiento natural y el comportamiento en situación etnográfica, intentando aproximarlos, pero la reducción de la reactividad cognitiva intenta que la gente opine con la máxima sinceridad y riqueza posible.

La primera reducción de la intrusividad reconoce un antecedente inevitable en lo que el observado hace en su vida cotidiana, ya que todo consiste, aparentemente, en que la gente deje de actuar de manera "extraña", ajustando su conducta a un rol

² Aquí partimos, por supuesto, de un principio lógico elemental que es nada menos que el de no contradicción: una cosa no puede ser de una forma y de otra contradictoria a la primera a la vez. Si el entrevistado comprendió el sentido de la pregunta en los dos casos, ella no varía y se responde de dos maneras diferentes en dos situaciones específicas, ambas respuestas no pueden ser simultáneamente verdaderas.

específico. Claro, subyace el interrogante de si las personas son de una forma en estado “natural” y de otra en estado de observación “etnográfica”. Desde la perspectiva de Le Compte y Goetz esta distorsión producida por el observador no sería tan problemática, ya que, de cualquier manera, las ciencias sociales no necesitan, en su versión no positivista, de esas precauciones:

“Positivist and ethnographic research differ in approach to these issues. In research focusing on the examination of effects caused by a specific treatment, credibility of the research design and the power of the treatment effect are established by holding constant or eliminating as many of the extraneous and contextual factors as possible. Ethnography, on the other hand, emphasizes the interplay among variables situated in a natural context. It rarely focuses on treatment unless a treatment or experimental manipulation is part of an overall context. Credibility is established by systematically identifying and examining all causal and consequential factors (Goetz & LeCompte, 1981; LeCompte & Goetz, in press; Scriven, 1974). The process involved differs from the post hoc analysis, which provides contextual information in positivistic traditions. The naturalistic setting in which ethnography normally is conducted both facilitates on-the-spot analysis of causes and processes and precludes precise control of so-called extraneous factors. The interrelationship among such factors generally constitutes the focus of ethnographic concern”. (Le Compte y Goetz 1982: 32).

Esta posición metodológica proclama, de algún modo, que la interrelación entre los factores del contexto y el tipo de resultado obtenido es el centro de la preocupación etnográfica más que un obstáculo. Si no nos interesa eliminar factores contextuales o que alejen la realidad observada de una situación estadísticamente “normal”, entonces cualquier cosa que suceda, por más inducida o anómala que sea, resulta investigativamente interesante. Hay un problema profundo, me parece, con esta implicación metodológica, y es que, de todas las reacciones que un entrevistado puede producir, generalmente nos parecen relevantes solo aquellas que, hipotéticamente, permiten apreciar los comportamientos que consideramos más comunes en términos de frecuencia. Si intento estudiar como los chicos se desempeñan en un aula, y mi presencia como etnógrafo hace que, por ejemplo, todos adopten actitudes estereotipadas, estamos ante un problema. Como señala Bernard:

“And when Margaret LeCompte told children at a school that she was writing

*a book about them, they started acting out in ‘ ‘ ways they felt would make good copy’ ’ by mimicking characters on popular TV programs (LeCompte et al. 1993).”
(Bernard 2006: 355)*

Antes que concluir, mecánicamente, que los niños son como se muestra en esas situaciones o negarlo de plano, debo pensar en los efectos reactivos conductuales de mi presencia y en como manejarlos. Desde ya que la sospecha sobre la naturalidad del comportamiento se dispara de múltiples maneras, y diagnosticarla es problemático, pero no podemos caer en la ingenuidad de suponer que la gente se comporta como normalmente lo hace solo por haberla observado actuar de una manera específica en el segmento de tiempo en el que estuvimos ahí.

Para este problema del mantenimiento de la reactividad, la solución de Bernard es la observación participante sostenida, que, según su punto de vista, tiene la virtud de reducir determinísticamente los efectos intrusivos del etnógrafo:

“In other words: Presence builds trust. Trust lowers reactivity. Lower reactivity means higher validity of data. (Bernard 2006: 354)

Si bien esta prescripción es válida en cualquier caso, abre dos interrogantes adicionales ¿Es suficiente la estadía prolongada para reducir la reactividad? ¿Qué hacemos para lograrlo cuando no tenemos la posibilidad de permanecer mucho tiempo en el campo? Respecto de la primera pregunta, las graciosas reflexiones del antropólogo Nigel Barley en su libro “El antropólogo inocente”, por ejemplo, dejan bien en claro que no basta con estar en el campo un tiempo prolongado en un lugar para lograr confianza, sino que hay interacciones que dependen de destrezas que, de no adquirirlas, hasta pueden alejarnos de nuestros objetivos más de lo que estábamos al comienzo de nuestra estadía:

“También era cierto que mi presencia tenía ciertos inconvenientes: atraía extraños a la aldea, cosa que era mala; fatigaba a mis anfitriones con preguntas absurdas y luego me negaba a comprender sus respuestas; y existía el peligro de que contara las Cosas que había visto y oído. Además era una fuente constante de embarazo social. En una ocasión, por ejemplo, le pregunte a un hombre si debía abstenerse de realizar el acto sexual antes de salir de caza. Aquello era en sí mismo correcto pero su hermana estaba lo suficientemente cerca para oírlo y ambos salieron disparados en direcciones opuestas emitiendo estridentes

quejidos. Unos segundos antes yo estaba sentado en la choza hablando con tres hombres. En un abrir y cerrar de ojos me quedé solo con mi ayudante, que gemía y se llevaba las manos a la cabeza. La tremenda falta de decoro que había cometido fue tema de horrorizadas murmuraciones durante varias semanas.”
(Barley 2004: pp. 76-77)

Aquí queda en claro que Barley cometió una torpeza que aumentó la desconfianza de sus interlocutores, incluso luego de un considerable tiempo de estadía cumplido. *La reducción de la reactividad, entonces, reconoce marchas y contramarchas, y no depende linealmente de nuestra antigüedad en el campo.*

Respecto de la segunda pregunta, centrada en la recolección de datos sin posibilidad de haber construido una relación de confianza y sin conocer los detalles específicos de aquello que indagamos, las posibilidades de error se multiplican. En este punto hay bastantes analogías, también, entre lo que sucede en las ciencias sociales y duras. Si pretendo apreciar los efectos de una reacción química específica tengo que generar condiciones experimentales acordes a mi objetivo, y si bien puede formar parte de mi investigación determinar cuales son esas condiciones, no puedo conformarme, como resultado final, con enumerar cuales fueron los impedimentos que tuve para hacerlo.

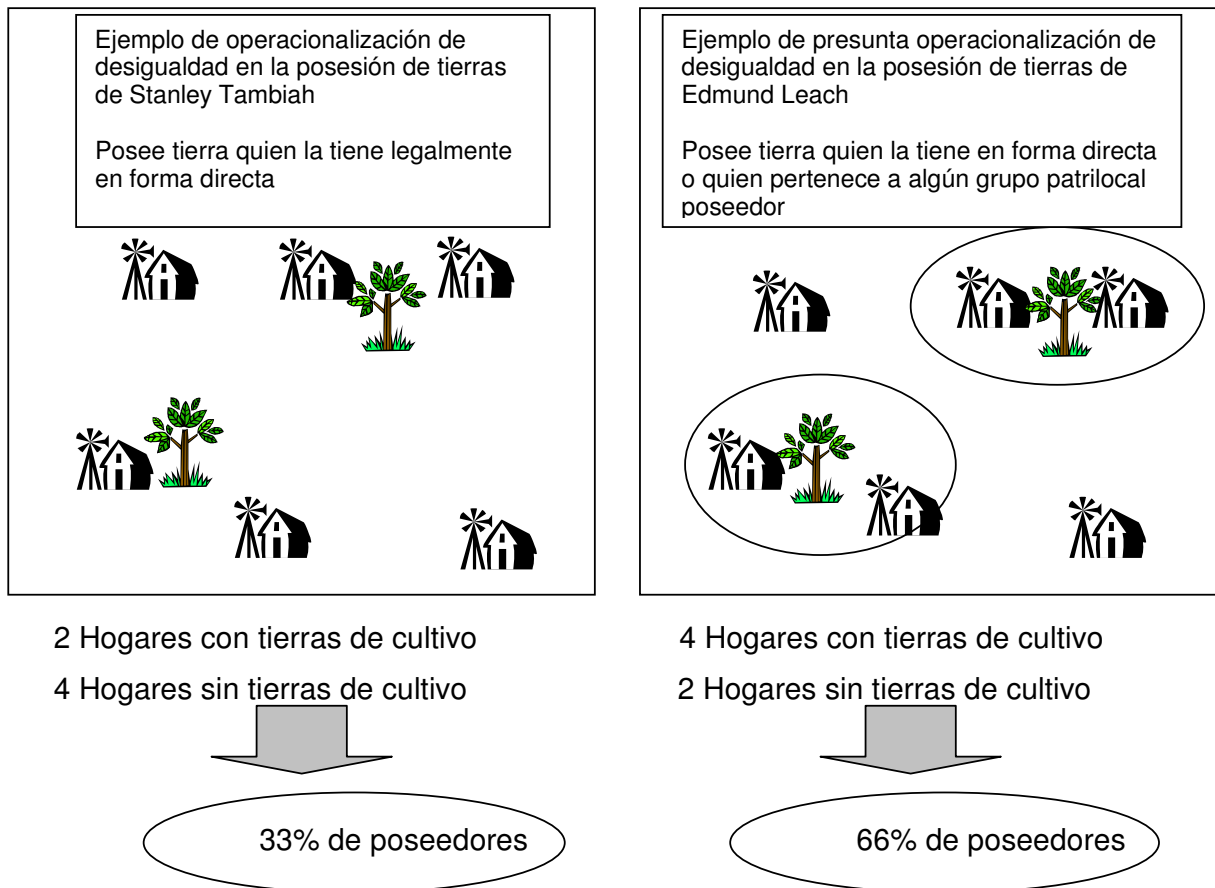
Ahora bien, a diferencia del problema de la reactividad conductual, al que ya hicimos referencia, el problema de la *reactividad cognitiva*, en cambio, es que no necesariamente reconoce antecedentes en una conducta anterior que pueda tomarse como modelo y contra la cual contrastarla. A priori, es bastante difícil estimar si la gente está respondiendo de la misma forma en que lo haría en una situación en la que no entren en juego sus resquemores, dudas y afinidades del mismo modo en que están jugando en el momento en que la entrevistamos. Llegados a este punto, la veracidad de lo que la gente responde puede o no tener interés investigativo, pero ello depende de los objetivos de nuestro abordaje más que de algún a priori. Si estamos tratando de determinar como los entrevistados reaccionan a diferentes acciones del entrevistador, cualquier variación de las respuestas reviste un interés crucial. Sin embargo, de todas las respuestas posibles, nos pueden interesar solo aquellas que el entrevistado considera veraces y también las que nosotros consideramos más ricas respecto a cualquier tema. No estamos seguros de que es verdad y que es mentira a priori, o si el entrevistado ha agotado

su caudal de saber en torno a una pregunta que hacemos, pero sí podemos controlar el contexto y la modalidad en que la información emerge. Gran parte de las técnicas de reducción de la intrusividad implican, además, el estímulo directo o indirecto para que el entrevistado continúe explayándose sobre un tema más allá de lo básico³.

En la segunda situación etnográfica que reseñamos, en cambio, el problema no parece ser la reactividad diferencial, sino la misma operacionalización de la pregunta, ya que Tambiah postula un mecanismo de inferencia que no tiene en cuenta componentes que Leach postula. Lo clave aquí no es la intrusividad diferencial, sino la diferente definición de unidad doméstica independiente en una situación y otra. Para Tambiah, las unidades domésticas eran independientes si cocinaban el arroz en su propio espacio, lo que elevaba la medición de su número considerablemente respecto a la alternativa de incluir a todos los grupos familiares vinculados patrilocalmente en un solo *householder*. Aquí la gente, aparentemente, no estaba siendo insincera ni errática en sus respuestas, sino que se estaba intentando medir el mismo concepto de dos maneras distintas.

³ Russell Bernard menciona, en su manual sobre métodos etnográficos, modalidades de entrevista como la “prueba del silencio” (*the Silent Probe*), la “prueba del eco” (*the Echo Probe*) o la “prueba de la pregunta larga” (*the Long Question Probe*). Estas estrategias no garantizan fiabilidad, pero predisponen al entrevistado, de acuerdo a la larga experiencia acumulada en el tema, a la producción de respuestas lo menos insinceras y informacionalmente pobres que se pueda (Bernard 2006: 218-219).

Cuadro 4: Mediciones diferenciales del mismo concepto



Lo que Leach parecía saber y Tambiah no se encargó de investigar, aparentemente, era la existencia de una integración funcional de distintas unidades domésticas bajo la misma estructura productiva y más allá de que cocinen en lugares separados. Para Bernard, hay un problema aquí vinculado a la estadía en el campo como un requisito indispensable para desarrollar una investigación competente. Su posición es muy clara en ese sentido, y apunta a la complementariedad de métodos como la encuesta y la permanencia en el campo a fin de generar resultados mejor fundamentados:

“Don’t conclude from Leach’s critique that questionnaires are “bad,” while participant observation is “good.” I can’t say often enough that participant observation makes it possible to collect quantitative survey data or qualitative

interview data from some sample of a population. Qualitative and quantitative data inform each other and produce insight and understanding in a way that cannot be duplicated by either approach alone. Whatever data collection methods participant observation maximizes your chances for making valid statements.” (Bernard 2006: 356)

El papel de la triangulación metodológica

El alegato de Bernard, en definitiva, nos introduce en la discusión de un concepto que conocemos como *triangulación metodológica* y que contemporáneamente puede dar cuenta de esta necesidad de cruzar información de diferente índole.

Creo que podemos pensar a los controles de fiabilidad y validez como instancias previas, tanto en un sentido cronológico como conceptual, a los controles de integridad de datos que podemos incluir dentro de este concepto (LeCompte y Goetz 1982: 35).

Como sostiene Gloria Pérez Serrano:

“La triangulación implica “reunir una variedad de datos y métodos para referirlos al mismo tema o problema” (Trend 1979). La triangulación implica recoger los datos desde distintos puntos de vista, y realizar comparaciones múltiples de un fenómeno único, o de un grupo, y en varios momentos, utilizando perspectivas divergentes y múltiples procedimientos.” (Perez Serrano 2003: 282)

Hay varios tipos de triangulación, pero todas ellas conciernen, a mi modo de ver, a modalidades de replicación que no son suficientes para aprobar o desaprobar los hallazgos iniciales de cualquier investigación, pero sí para aumentar la masa crítica que corrobora enunciados observacionales, esto es, enunciados que predicen estados de verdad sobre el universo empírico.

Al carecer de una articulación deductiva que la sustente, la triangulación, que podemos definir como inducción compleja, tiene los mismos problemas de la inducción simple; no prueba nada, pero sirve tanto para propósitos de falsación como de sospecha sobre la validez y fiabilidad de los datos ya colectados. Veamos:

- La *triangulación temporal* implica la realización de cortes en secciones para verificar la estabilidad diacrónica de un fenómeno. Si en el tiempo 1 se usaron

los mismos dispositivos de recolección e inferencia que en tiempo 2, cualquier divergencia en los resultados implica un cambio investigativamente significativo en el objeto de estudio. Si se usan métodos distintos, la divergencia cuestiona la fiabilidad y validez de los métodos empleados. La revisita antropológica, que aquí ejemplificamos con los casos con las controversias Mead-Freeman y Tambiah-Leach ponen en primero plano este problema.

- La *triangulación de espacio* implica la validación transcultural de los supuestos, y concierne de lleno al quehacer básico de la antropología, al menos fuera del marco teórico de los enfoques particularistas. Los estudios del color de Berlin y Kay son un buen ejemplo de esta forma de control cruzado, y presuponen, a diferencia de la revisita, la fiabilidad y validez de los estudios tomados como base para su replicación (Berlin y Kay 1969).
- La *triangulación teórica*, creo que raramente practicada de manera conciente, implica ver el mismo fenómeno desde diferentes marcos teóricos. Las conclusiones divergentes de Redfield y Lewis sobre Tepoztlán pueden ser vistas como un efecto de la triangulación teórica. De modo indirecto, la factibilidad de este tipo de triangulación implica la negación de la inconmensurabilidad paradigmática tal como la plantea Tomas Kuhn. Si las teorías pueden dialogar, entonces decir cosas interparadigmáticamente relevantes sobre un mismo orden fenoménico.
- La *triangulación de investigadores* puede combinarse con las anteriores y producir conclusiones no siempre convergentes sobre un mismo objeto de estudio. Si admitimos el alto nivel de personalización de la investigación etnográfica, el hecho de que varios investigadores estudien el mismo fenómeno, aún valiéndose de los mismos dispositivos de análisis y recolección, y lleguen a distintas conclusiones, puede generar valiosas pistas sobre condiciones de fiabilidad y validez dudosas en algunos de los casos.
- La triangulación de métodos es una de las más usadas, y busca la replicación de resultados utilizando repertorios metodológicos variados. Puede estar combinada con la triangulación teórica, pero también es posible cambiar de

repertorio metodológico aunque se esté trabajando bajo la misma cobertura teórica.

En todas estas variantes la triangulación implica, desde mi punto de vista, una forma de convergencia inferencial que se acopla a las demandas metodológicas de fiabilidad y validez de manera complementaria y no como dispositivo de control exclusivo.

Así como la inducción simple hay una asimetría en la falsación que la triangulación propone; si los resultados son confirmados se corroboran los resultados anteriores, pero si esta confirmación no se produce, la triangulación ofrece dos salidas posibles: o la realidad sujeta a análisis ahora es distinta a la analizada anteriormente (variación temporal o espacial), o hay que cuestionar la fiabilidad o la validez de lo establecido en alguna de las instancias de análisis.

A diferencia de la inducción simple, que solo sirve para corroborar o refutar reglas descriptivas de base empírica, el hallazgo de datos no confirmatorios depara, en la triangulación, dos posibles cuestionamientos, a la infalibilidad de esa regla descriptiva de alcance general (“Todos los cisnes son blancos menos este que yo encontré”), o a la fiabilidad y validez de los resultados ya encontrados (“No sé si todos los cisnes son blancos o negros”).

Cuadro 5: Comparación de la inducción simple y la triangulación

1)Inducción simple (Presupone iguales condiciones de fiabilidad o validez)

Regla: “Todos los cisnes son blancos “

Si este cisne es negro (Confirmando la regla)

Si este cisne es blanco (Refutando la regla)

2)Triangulación (Pone a prueba la igualdad de las condiciones de fiabilidad o validez)

Regla: “Todos los cisnes son blancos”

Si este cisne es negro (Confirmando la regla)

Si este cisne es blanco (Refutando la regla) o

(Cuestionando la fiabilidad o validez de algún hallazgo)

Simplificando el panorama conceptual, creo que es posible decir que la fiabilidad y la validez conciernen a la integridad directa del dato, mientras que la triangulación concierne a la integridad cruzada.

A modo de conclusión

A partir de la referencia a una problemática extendida en la investigación antropológica, como es el del test y el re-test, he intentado poner en primer plano los factores que pueden producir resultados diferentes a partir de condiciones empíricas y analíticas que se suponen homólogas.

En primera instancia, creo que el objetivo de producir investigaciones confiables implica, en la perspectiva etnográfica, una atención importante respecto de dos problemáticas que normalmente se subsumen en la misma esfera: la de la fiabilidad y la validez. La fiabilidad concierne al modo en que obtenemos los datos, y a los mecanismos más básicos por los cuales se puede asegurar la convergencia de resultados dadas las mismas condiciones de recolección. La validez está

relacionada, en cambio, con como obtenemos conclusiones a partir de una masa de evidencias recolectada de manera fiable.

Los ejemplos vistos tienen que ver, a su manera, con estas dos problemáticas y con las dificultades específicas que pueden emerger para satisfacer estos estándares metodológicos:

- A) La controversia Mead-Freeman está centrada en lo que estimamos que son condiciones de recolección equivalentes y en realidad contienen diferencias críticas introducidas por la reactividad diferencial. Lo que está en juego aquí es la fiabilidad.
- B) Las distintas mediciones de Tambiah y Leach se vinculan, en cambio, a formas distintas de aplicar el mismo concepto. Si se operacionaliza de diferente manera la misma noción, los resultados divergentes ocultan no una fiabilidad diferencial, sino una construcción de validez diferente. Lo que tiene el ropaje de una discusión sobre datos oculta, en realidad, un uso distinto de las mismas ideas.

En segundo lugar, la consideración detallada de la fiabilidad involucra, necesariamente, la diferenciación de los intentos por reducir la reactividad conductual y la reactividad cognitiva. La primera descansa en el acceso, mediante observación sostenida, del comportamiento que se supone más frecuente en el grupo de referencia. Contrariamente a lo que se desprende de las afirmaciones de Le Compte y Goetz en su reivindicación de la investigación etnográfica como opuesta a la experimental, creo que no cualquier reacción de los entrevistados nos sirve metodológicamente en la misma medida y que es necesario utilizar técnicas que minimicen la posibilidad de producir respuestas conductuales atípicas. En este sentido, no me parece suficiente la estadía prolongada como garantía de reducción progresiva de la intrusividad, y el gracioso ejemplo de Barley se suma a otros del mismo tipo que muestran la necesidad de elaborar relaciones a partir de decisiones de campo acertadas.

La reducción de la reactividad cognitiva descansa, en cambio, en el intento de generar respuestas sinceras y ricas de parte del entrevistado, lo cual depende de una lógica bastante distinta; no se trata de aproximar lo que la gente hace frente al

etnógrafo a de lo que hace habitualmente, sino acercar, diría yo, lo que dice a lo que realmente piensa respecto de un evento o cuestión específica.

Finalmente, he analizado de manera muy breve la manera en que la triangulación metodológica opera completando de modo crítico las demandas de validez, pero creo que hay una diferencia fundamental entre desarrollar dispositivos de control de fiabilidad y validez que condicionen anticipadamente la obtención de datos e intentar reemplazar este efecto con las formas de triangulación disponibles, que actúan ex post facto o afectando retrodictivamente a los hallazgos ya hechos. Debido a su carácter inductivo, no debemos olvidar, a fin de cuentas, que la triangulación no tiene una capacidad probatoria, sino meramente indicativa de errores y deficiencias en los procedimientos de recolección y análisis que debemos considerar de antemano.

Bibliografía:

Anastasi, A. (1987). "What test users should know about the interpretation of test scores. Keynote address at Joint Committee on Testing Practices". Second Test Publishers Conference, Rockville, Maryland.

Barley, N. (2004) *El antropólogo inocente*. Barcelona: Anagrama.

Berlin, B. y Kay, P. (1969). *Basic color terms: Their Universality and Evolution*. University of California Press, Berkeley and Los Angeles

Bernard, R. (2006) *Research methods in anthropology : qualitative and quantitative approaches*. Oxford: Altamira Press.

Gorelik, A. (2008) "La aldea en la ciudad. Ecos urbanos de un debate antropológico", *Revista del Museo de Antropología* 1(1): 73-96, Facultad de Filosofía y Humanidades – Universidad Nacional de Córdoba - Argentina

Hansen, J. F. (1979) *Sociocultural perspectives on human learning: An introduction to educational anthropology*. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall.

Le Compte, M. D. Goetz, J. P. (1988) *Etnografía y diseño cualitativo de investigación educativa*. Madrid: Morata.

Le Compte, M. D. Goetz, J. P. (1982) *Review of Educational Research* Spring Vol. 52, No. 1, Pp. 31-60 groups.

Mead, M. (1990). *Adolescencia y cultura en Samoa*, Paidós Ibérica.

Pérez Serrano, G. (2003) "Investigación Cualitativa: Métodos y Técnicas". Buenos Aires: Fundación Universidad a Distancia "Hernandarias".

Rappaport, R. A. (1987). *Cerdos para los antepasados: el ritual en la ecología de un pueblo en Nueva Guinea*, Siglo XXI de España.